

Rodrigo Campuzano Cuartas²⁷

UNO

La Comisión Asesora en la Enseñanza de la Historia ha escrito un informe con la intención de que en el sistema educativo colombiano se realicen “ajustes posibles y urgentes para la consolidación de una ciudadanía activa, democrática y en paz”. Para ello propone la enseñanza de un pasado común, donde considera que de la extensa trayectoria del país debe elegirse estudiar el tema de la violencia contemporánea. Igual menciona como prioridades la enseñanza sobre la trayectoria de sectores de la sociedad, que considera han sido incluidos en la educación y en la historia colombiana. Es decir, las historia de: los “pueblos indígenas, de los pueblos negros, afrodescendientes, raizales y palenqueros (...) de las mujeres” e incluso de la población Rrom (Comisión, 98).

A pesar de lo anterior en una parte de su texto subtítulo como sus principios uno de ellos fue el siguiente: “Para la CAEHC siempre ha estado claro que su función en términos de las recomendaciones, va más allá de sugerir (...) unos contenidos específicos”, al considerar que “aquella debe ser una labor que involucre de forma participativa a los principales sujetos que interviene en el acto educativo, lo que implica el

²⁶ Tercer Conferencia Convención anual de la Academia Antioqueña de Historia y los Centros Municipales de Historia presentada en el auditorio Manuel Uribe Ángel el 27 de mayo de 2023.

²⁷ Administrador de negocios de Eafit, historiador profesional de la Universidad de Antioquia, magíster en Historia de la Universidad Nacional de Colombia. Catedrático, experto en historia colonial de Antioquia y de Colombia. Miembro de número de la Academia Antioqueña de Historia. Miembro del capítulo Antioquia de la Asociación Colombiana de Historiadores y del centro de historia de El Retiro

reconocimiento y respeto de las diversidades étnicas, socioeconómicas y de género que cohabitan en los diferentes territorios de Colombia”.

Determinar que el camino a seguir fuera la enseñanza de la violencia contemporánea del país, es una percepción de la violencia en el acontecer humano y colombiano que constriñe a la dimensión de la historia en tiempo y campos de estudio con varias limitaciones. En palabras de Fernand Braudel es una historia de corta duración sobre uno de ellos que por su naturaleza es de larga duración y en la historia de Colombia ha estado presente en procesos de mediana duración. Más propiamente, debería pensarse en ella, a través de varias épocas que la delimitaron a partir del a misma conquista española y dada sus prolíferas fases específicas, analizar la forma de su enseñanza dentro del limitado espacio pedagógico en el sistema educativo que nos rige para la enseñanza de la historia.

Si la apreciación es que el eje de la historia es la violencia, poseería una trayectoria de muchos siglos y bien ilustrativos. Educarían en aspectos como los choques entre culturas en la conquista española, la violencia dentro de la relación social de la esclavitud y la encomienda en el período colonial, los sectores populares y las élites en la rebelión de los comuneros, la importante participación social en el proceso de la Independencia, la interpartidista en las guerras civiles del siglo XIX y la mitad del siglo XX y la originada entre la lucha entre los movimientos guerrilleros y el gobierno como expresión de enfrentamiento entre la concepción socialista de la vida y la capitalista. Incluso, en esta prolongada trayectoria estarían presentes los sectores sociales que la Comisión considera olvidados hasta el presente en la enseñanza de la historia del país.

De todas formas, la Comisión no entendió así las cosas y concibe que la educación histórica que requiere el pueblo colombiano, además de conocer la trayectoria de la violencia contemporánea, es una especie de historia de sectores sociales. Puede ser cierto que, por caso, a la población negra colombiana le interesa y debe conocer en esencia su historia e igual acontece con la población indígena las mujeres, etc. Surge la pregunta, ¿qué es más pertinente para que un pueblo se apropie de su pasado, enseñarlo integral teniendo presente la diversidad composición de la sociedad, o fraccionada debido a que, se supone se le ha estudiado la historia de forma parcial, sin determinados de sus sectores? El camino a seguir es enseñar el papel de los sectores sociales que han sido

subestimado u omitidos, al interior de la sociedad colombiana como minorías dentro de la mayoría y en una coexistencia cruzada. Ellos han sido parte de un conjunto con el cual comparten rasgos culturales y han vivido dentro de un común sistema político, económico y religioso.

Una observación más al informe de la Comisión es indispensable plantearla. Consiste en dar a conocer la historia de Colombia como una versión determinada por el Informe de la Comisión de la Verdad al considerarlo un medio esencial para la pacificación de los colombianos. Al respecto dice una parte de su “El llamado”: “Llamamos a sanar el cuerpo físico y simbólico, pluricultural y pluriétnico que formamos como ciudadanos y ciudadanas de esta nación.”

En efecto, la Comisión de la Verdad hizo un trabajo intenso y recogió una gran cantidad de testimonios de las formas de la violencia derivadas del conflicto colombiano, expresados por diversos actores que han vivido la violencia, haciendo de su compendio un archivo muy valioso: “Traemos una palabra que viene de escuchar y sentir a las víctimas en gran parte del territorio colombiano y en el exilio; de oír a quienes luchas por mantener la memoria y se resisten al negacionismo y a quienes han aceptado responsabilidades éticas, políticas y penales.”

La fuente básica utilizada por sus elaboradores ha sido la información oral que origina la memoria y tiene las condiciones positivas y negativas de su modalidad, por lo cual, desde el punto de vista del proceso investigativo acostumbrado en la elaboración de la historia, es un acervo para ser consultado, analizado y aprovechado. Es un texto en estado primario que como manual de estudio sea factible en la educación, pero tiene como gran limitante su mismo estado. Es memoria en esencia de víctimas y victimarios, provista de condicionantes que un joven en una escuela y un colegio desprovisto de fundamentos analíticos no advierte. Presenta, por tanto, la falta del complemento esencial del aporte de los historiadores, responsables trabajar la fuente histórica con los cuidados que recomienda su profesión. Que aún el informe de la Comisión de la Verdad no este trabajado por ellos, implica que carece de análisis e interpretaciones. Por ejemplo, los hechos generados por diversidad de violencias demandan análisis contextuales y locales, la condena moral y política de las acciones también, se necesita crítica de la fuente oral, asumir distancia frente a lo sucedido da mayor capacidad comprensiva, el acto sanguinario extremo conlleva complejas expresiones patológicas

por llamarlas de alguna manera, el marco mental de los ejecutantes y víctimas es igualmente difícil de abordar y a la vez pertinente.

Es cierto de los autores del Informe tuvieron en cuenta incluir un instructivo para su adaptación a la enseñanza. No obstante, hay que insistir, que el contenido del informe es multifacético en sus diversidades de la violencia, tal como lo ha sido los participantes, situación en que impone la consideración integral de lo acontecido, condición exigente, poco factible de darse en personas corrientes para que puedan hacerse de opiniones mejor fundamentadas. Por supuesto que los docentes pueden usar el Informe como texto escolar si lo desean o se les obliga, pero tanto ellos como la generalidad del pueblo colombino carece de la prevención de un historiador que percibe a la vez que su riqueza informativa sus limitantes.

Además, acercarse la comprensión de lo acontecido en el pasado, cualquiera que este sea, indica la ortodoxia de la investigación histórica, se debería hacer desde múltiples enfoques. En el caso del Informe de la Comisión de la Verdad sea demarcado una guía estrecha para estudiar la violencia, al parecer presentarla con la espontaneidad de sus informantes cual testimonios directos. Entra aquí a jugar si esto es lo más pedagógico para conducir a la construcción de una subjetividad pacífica que este predispuesta a una para convivencia o seas un mejor camino, que esta modalidad este respaldada por la historia escrita.

El informe de la Comisión de la Verdad, además, ha dado lugar a juicios valorativos sobre sí este texto es parcializado. Además, se asume el instrumento educativo único. Esto debe tenerse en cuenta para asumirlo con beneficio de inventario. En pasado requiere ser interpretado desde una diversidad de visiones y uno tan complejo como la violencia gestada desde las guerrillas, el narcotráfico, los paramilitares, el ejército y hasta el gobierno, es evidente que lo requiere. La culpabilidad es múltiple y requiere ser sopesada.

Por último, respecto a la Enseñanza de la Historia, el tema de acceder la población a las nociones teóricas que manejan los expertos en pedagogía de la historia llamadas, pensamiento histórico y pensamiento crítica, la Comisión hace uso repetitivo al considerarlas esenciales por querer ser explícita. Insiste en caracterizarlas bajo diversas formas de decirlo, pero, al mismo tiempo se excede con el agravante de un lenguaje poco accesible para el común de las personas. En un texto de esta naturaleza es

importante la sencillez para que el público tenga fácil comprensión. Parecería que primó la necesidad de hacer un escrito erudito, demostrativo de conocimientos ante el Ministerio de Educación, los historiadores y los mejores estudiosos en la pedagogía relativa a la enseñanza de la historia.

De todas formas, es preciso agregar que desempeñar este tipo de asesoría a solicitud de un gobierno a más de teorizar, se requiere llegar a una propuesta concreta lo más ajustada a la realidad tan apremiante para el país. Las deficiencias existentes desde hace mucho respecto al conocimiento y enseñanza de la historia colombiana, conllevaban lo necesita con premura, una intervención pronta y viable. El informe no lo permite, la Comisión no concretó mecanismos de aplicación inmediata. Considero que no le correspondía señalar qué enseñar más allá de lo sugerido, porque los que debía hacerlos eran las comunidades para ser democrático con ellas. En el campo de la pedagogía de la historia no incluyó en el informe procedimientos concretos. Y, para más diletantismo, ni el Ministerio de Educación ni el gobierno, continúan silentes en todo esto, pues en la opinión pública se desconocen sus pareceres específicos.

Es innegable que se requiere en Colombia aprender de la experiencia dolorosa de sus ciclos de guerras y violencias, pero, además, es necesario que ese nuevo sujeto a formar tenga una percepción humanística de mayor alcance. Cabe aquí entonces preguntar ¿qué otros procesos del pasado contribuirían a enriquecer su personalidad? Se necesita un pensum educativo que conduzca a conocer cómo nos formamos integralmente en nuestra diversidad y unidad dentro de la modernidad occidental en su cultura, economía y política. Nuestros ancestros no solo han sido hombres y mujeres violentos, también fueron creadores de realidades valiosas, de concepciones humanas notables y experimentaron a su modo, un largo curso de vida de éxitos y fracasos.

¿Cuáles valores humanísticos están en juego?

1) La importancia de la vida humana y la convivencia. 2) La ecuanimidad al valorar los comportamientos humanos. 3) El reconocimiento de la cultura de su sociedad y la de los demás pueblos, cada uno dentro de sus propias conceptualizaciones. 3) El origen formativo y el significado del sistema político y del ejercicio de los derechos democráticos. 4) Las capacidades para comprender de manera multicausal de los hechos

históricos y de las circunstancias de la vida social. 5) La condición contextual de los acontecimientos. 6) La existencia humana en medio de la incidencia de fenómenos históricos de larga duración, mediana y corta duración. En resumen, la historia en su amplia dimensión.

Es evidente que existe una articulación entre la educación histórica de los colombianos y la responsabilidad social de los historiadores. Al respecto, no he visto un mejor camino para enfatizarlo que la experiencia de dos notables historiadores: Georges Duby y Peter Burke según la concepción que expresan sobre su deber ético.

Georges Duby, medievalista francés entendió su oficio así:

“Mi profesión consiste en hacer preguntas sobre el hombre (el hombre de hoy) y entrar a darles una respuesta considerando el comportamiento de nuestras sociedades en una etapa anterior de su existencia”.

Duby estudió siglos tan remotos motivado por sus dudas sobre su sociedad del siglo XX. Parece increíble que épocas tan distantes, su mente las vinculó. Entendió que estudiar esa sociedad medieval y sus representaciones mentales, era ayudar a comprender su contemporaneidad porque también estaba formado por seres humanos.

El otro historiador notable que retomo es Peter Burke, la Wikipedia lo caracteriza como un gran investigador de la historia cultural sobre la denominada Edad Moderna. Burke se expresó respecto a su labor de historiador así:

Peter Burke: *“Los historiadores generalmente tienen la función de ayudar a sus contemporáneos a ver el presente como historia, es decir, mirar el mundo con la perspectiva de cambios de larga duración que son, con frecuencia, más importantes que aquellos de corta duración, de los cuales tenemos conciencia en este tiempo”.*

La ayuda que Duby y Burke, han dado a nuestra sociedad contemporánea para comprenderse a sí misma, es un ejemplo frente a nuestra situación actual. No han hecho una historia sesgada a la derecha o a la izquierda, sino del hombre en si como actor central, en fases específicas del tiempo histórico, pero con un panorama contextual, que superó el límite temporal, espacial y temático.

DOS

Hoy en nuestra sociedad prima el entretenimiento donde los medios de comunicación con el poder que tienen de abarcar un gran número de personas, proponen constantemente disfrutar el presente. El mensaje visual domina y comunica una uniformidad ligera, light, muestra imágenes, excita y divierte para ganar audiencia en todas las edades: niños, jóvenes adultos y viejos. Se nos dice como pensar y comportarnos. Así es nuestra contemporaneidad con una noción de felicidad basada en el disfrute inmediato. Estamos en la cultura del gozar y continuar la ansiedad de tener. Nos llegan referentes y nos persuaden que adquiramos e imitemos; que continuemos obteniendo.

Pero ¿qué tiene que ver todo esto con la Academia y los Centros de Historia? Su mundo es otro; el de comunicar un discurso histórico serio y formal, cuando la receptividad en la sociedad no es amplia. Siempre tiene de por medio el interrogante de para qué sirve la historia y la respuesta a dar, no encaja en sus expectativas. En síntesis, ¿cómo hacer para educar a esta sociedad invadida por otra perspectiva de vida, con una abrumadora mayoría indiferente e ignorante de su historia respecto a cómo ha llegado a ser lo que es y por qué?

La brecha entre la historia de Colombia y los colombianos, requiere ser analizada para mejorar las posibilidades de ofrecer un autoconocimiento de sí, una base, un fundamento para la acción colectiva. De dónde venimos y cómo fue que construimos lo que somos hoy, son temas inagotables. Allí están quienes fueron nuestros progenitores, sus comportamientos y concepciones de la vida. La experiencia de su existir y conocerla, nos enseñaría para advertir el accionar presente. Nos encontraremos en esa historia la diversidad social, económica y cultural, las visiones sobre las circunstancias, la ética de quienes existieron, la confrontación de ideas y la agresión, nuestras relaciones con el medio ambiente y nuestro territorio.

Más he aquí otra dimensión de igual complejidad: como infundir el conocimiento histórico de una forma más efectiva. ¿De qué manera fomentar el ideal de la Comisión de la Enseñanza de la Historia, respecto a que la juventud y el pueblo colombiano adquieran de su pasado un pensamiento crítico sobre la complejidad en que transcurre su existencia? ¿Cuáles, en nuestro presente, son los temas prioritarios que remitan a un

pasado y esté destinada su indagación a construir un ser humano reflexivo?

Actualmente, los Centros de Historia son las instituciones más importantes que trabajan por la investigación del pasado en los pueblos antioqueños. Indagan y escriben, pero son pocos respecto a la totalidad de municipios existentes en Antioquia. Frente a este problema, para la Academia Antioqueña de Historia son posibles varias estrategias; para concebirlas, dada la dimensión del departamento, es oportuno un plan de acción en el corto y mediano plazo. Los siguientes aspectos podrían estar en su contenido:

- 1) Tener un programa de visitas con participación de los académicos a las diferentes subregiones. La Academia se trazaría varios propósitos; entre otros: En cada subregión, conocer la situación en que se encuentran los centros de Historia y donde no existen. Motivar a las autoridades locales para apoyar a los centros vigentes y a su creación donde no los hay. Conocer a las personas que podrían constituirlos. Establecer relaciones para difundir las labores de la Academia.
- 2) Estimular e incluso, organizar los Encuentros Académicos de Historia subregionales, semejantes a los que se realizan en el Occidente y en El Retiro.
- 3) Continuar con la financiación de la publicación impresa de la Revista Memoria Local. Revista de los Centros de Historia.
- 4) Destinar en el presupuesto una partida anual para atender solicitudes de los centros de historia. Serían auxilios a actividades debidamente evaluadas respecto a su pertinencia y costo.
- 5) Contribuir al avance de la investigación histórica sobre Antioquia, desde un Comité de Investigación formado por sus propios académicos.
- 6) Publicar una colección específica de libros compuesta de 6 obras que contengan documentos inéditos valiosos de los tres archivos básicos históricos existentes (el de Antioquia, Medellín y Rionegro). Dos sobre la época colonial, dos sobre el siglo XIX y dos sobre el siglo XX.

La Academia y los Centros de Historia, son uno de esos lugares desde donde hace bastante tiempo, se indaga y escribe historia en nuestro departamento. Lo hacen primordialmente sobre el pasado antioqueño.

Sus integrantes son personas de diversas profesiones atraídas por variados motivos.

El otro lugar creativo son las universidades, un espacio en el cual, al estudiarse el oficio como una profesión específica, se adquiere un conocimiento y experiencia en sus técnicas elaborativas, el alcance vasto de la historia en campos temáticos, épocas y lugares, interdisciplinaridad, métodos y teorías.

La sociedad valora ambos lugares de creatividad. Sus integrantes son los expertos que están dotados del conocimiento del pasado. Esta condición los hace responsables ante ella y adquieren el compromiso de ilustrarla sobre ese saber.

La Academia y los Centros de Historia difunden el conocimiento en la sociedad. En cambio, las universidades se centran en una función formativa de historiadores. Cada uno de estos campos institucionales funcionan por separado. La historia antioqueña y colombiana requiere para su mejor avance, se construyan vínculos entre ellos. Trazar puentes no ha sido posible, en parte por las susceptibilidades, pero los inconvenientes no deben predominar sobre el interés afín de avanzar en el conocimiento histórico.

¿Es necesaria una Cátedra de Antioquia?

Hace diez años en la asamblea que anualmente realiza la Academia Antioqueña de Historia, al reunir en su sede a los centros de historia, entre las conclusiones que en ella se sacaron, se propuso que el gobierno departamental debería establecer la Cátedra de Antioquia ¿Con que intensidad ella fue convenida? En la mente de los asistentes estuvo la idea de propiciar que la juventud antioqueña adquiriera una cultura histórica sobre su región.

Hoy, la iniciativa cuenta con un viejo reconocimiento legal en una antigua ordenanza. Entre sus propósitos estuvo el siguiente: Debía “contribuir a la formación y/o consolidación de la identidad cultural regional y local” de una Antioquia diversa en su composición étnica, cultura, economía, política, el medio ambiente y la sociedad.

Sí este mandato está vigente, es obligante. La pregunta es ¿cómo deben proceder la Academia y los centros de historia? Varios aspectos están implicados: la gestión ante las autoridades gubernamentales que rigen la educación para revivirla; la necesidad de elaborar textos apropiados

sobre una historia de Antioquia precariamente indagada; el acercamiento a los docentes de ciencias sociales. Es decir, no basta que el gobierno departamental acepte la reactivación de la iniciativa. El trabajo seguiría puesto que no se cuenta con la infraestructura indicada y no sería nada fácil construirla.

La cátedra municipal para los colegios de los pueblos antioqueños es otro campo formativo pertinente de considerar. No es una iniciativa nueva y también es el momento de impulsarla. La Academia y los Centros de Historia tiene un papel determinante al ser instituciones asesoras en contenidos, materiales pedagógicos y estrategias de aprendizaje. La Secretaría Departamental de Educación con los centros de historia, la Academia A. de H. y las universidades, serían los responsables de definir contenidos y metodología de aplicación.

Por otra parte, no sería ajeno pensar en la corriente llamada Historia Pública. Es una modalidad de innovadora. Surgió en la Universidad de California, se extendió al Canadá, a varios países europeos, Australia y, en América Latina, el Brasil es donde más desarrollo presenta. Existe una Federación Internacional que realiza conferencias anuales y la modalidad, viene al caso, por ser sugerente para la Academia y los Centros de Historia.

Con diferentes estrategias se hace la historia con el público, para el público y por el público. Es su manera de romper el aislamiento del conocimiento histórico respecto a la sociedad. Hace historia oral, empresarial, usa formas recreativas, realiza exposiciones, programas de radio, da clases en las calles y parques. trabaja con los museos, da asesorías al gobierno y a empresas privadas, emplea los espacios públicos, realiza presentaciones virtuales, audiovisuales, entre otros medios.

En resumen, ampliar la audiencia de la historia es pensar en ella de forma democrática, sacarla de los claustros de los especialistas, considerar que pertenece a las sociedades que la han hecho. El medio a utilizar existe, son las tecnologías de la comunicación. El uso es ya indispensable en la cotidianidad de hoy. Si la Academia y los Centros de Historia pretenden ganar un auditorio el cual se encuentra embebido en su uso, están obligadas a valerse de nuevas formas de comunicación.

Pensar así, conlleva una exigencia doble: la tradicional publicación de revistas y libros impresos y adicionalmente, prepararse técnicamente en la comunicación moderna y ponerla en práctica. Es un hecho, continuar manteniendo la historia encerrada en su círculo restringido de usuarios debido a su forma de expresarse, va en contra de esta modernidad.

En estas condiciones se requiere adoptar nuevas maneras de informar, explicar, opinar, sustentar y enseñar historia. Prever como hacerlo, exige pensar a que público nos dirigimos. Este es heterogéneo, incluye a la niñez, la juventud, los adultos, la sociedad toda.

Bien oportuno sería tener una capacitación de cobertura general para los Centros de Historia y los integrantes de la Academia en esta materia.

A manera de síntesis

No cumple este escrito con un examen detenido de cada uno de los temas que expone; son demasiados y complejos y no ha sido ese su propósito. En cambio, sí ha considerado ponerlos de presente para que sirvan de motivación, análisis, y por supuesto desarrollo.

Su punto central es como adaptar la difusión de la historia en un medio social ajeno a ella y con la delimitación de ser la Academia y los Centros de Historia instituciones complementarias al sistema educativo. La cátedra Antioquia, la Cátedra Municipal, la incorporación de la modernidad tecnológica de los medios de comunicación y la historia pública han sido recomendados aquí. Son ideas que, aunque simplemente manifiestas y difíciles de llevar a la práctica, contribuyen a mostrar su importancia.

La alusión al informe de la Comisión Asesora de la Enseñanza de la Historia, tiene el mismo sentido. Él es un punto de partida relacionado con una exigente tarea; no hay duda que el análisis de su vigencia requiere continuar y la Academia y los Centros de Historia no deberían estar al margen de esto.